

si bien el amante continúa asediado también por las zozobras de las ausencias de la amada: *Tierra del mar que giraba sin peso, / llevando un infinito miedo del amor / y una apurada dicha hasta sus bordes.* En el poema «En el bosquecillo» (p. 745) los dos amantes se encuentran en el viaje de un día al bosque en que la naturaleza adquiere un encendimiento mágico por virtud de la presencia de la amada, hasta que al final del día regresan al silencio glorioso de la noche. En «La certeza» (p. 750) el amante se siente seguro de la compañía de la amada, constantemente absorbido en todos los momentos del día y de la noche: *Aquí en la noche: en el día; en el minuto: en el siglo.*

Sin embargo, en la última sección del libro «Los términos» el amor se presenta en los límites más extremos de su transitoriedad, en virtud de lo deleznable de la vida humana. También se proyecta aquí el amor en su dimensión más honda de compasión y de ternura entre los dos amantes. Si el amor ha arrancado como una *explosión que durase toda la vida* («Explosión», p. 771) y que luego se abre cada vez más y se alza, permitiendo a los amantes reconocerse en la completa luz y en las más hondas minuciosidades de los espacios de sus almas, ahora al caer de la tarde, en el ocaso, *es el vivir mismo el que termina.* Mas, aun así, *el estallido que empezó se corona* y llega a su colmo con la certeza de tenerse el uno al otro: *¡nos tenemos!* El sentimiento de sentirse existiendo es posible, por otra parte, gracias al amor prolongado a través de los años hasta que la rama curvada de los dos amantes juntos sea recogida por las manos de la tierra. Asimismo, en un poema como «Ascensión del vivir» (p. 785) el camino recorrido en la vida es una continuada ascensión en compañía, desde la salida alegre en la mañana por el hermoso valle y los vastos lugares recorridos al mediodía soleado, hasta llegar ya en la tarde fatigados a lo alto de la montaña, con los cabellos ya blancos en la serenidad de la cumbre. Los dos amantes estrechamente abrazados miran el vasto paisaje iluminado por el permanente sol que aún alumbraba sus cabezas. Esta íntima devoción y serenidad de los dos se ve perturbada, sin embargo, por la súbita conciencia del vacío que los va sobrecogiendo, sin una voz que responda a sus preguntas. En el poema «Comemos sombra» (p. 779) el poeta pregunta en vano a un Dios que se niega a responder acerca de una explicación a la fuerza del amor. El poeta sólo puede observar *un eco de un resplandor, el eco de un eco de un eco del resplandor,* y debe contentarse con comer sombra y seguir caminando en el silencio: *Comemos sombra, y devoramos el sueño o su sombra, y callamos.* En el poema «Entre dos oscuridades un relámpago» (p. 781) el poeta tiene la *conciencia súbita de una compañía, allí en el desierto, mientras dura el instante*

del darse cuenta entre dos infinitas oscuridades. La pareja humana ha recorrido, así, en solidario viaje, las *arenas largas*, y juntos deben continuar siempre andando. Finalmente, en el último poema del libro, «Mirada final (muerte y reconocimiento)» (p. 789), el poeta, después de haberse sentido rodar como un instante toda la vida, se despierta caído en soledad y puede entonces reconocerse en su amada, en cuyas pupilas él puede ahora mirar el último brillo del cielo.

Esta perspectiva de solidaridad, compasión y ternura va a ser extendida también en *Historia del corazón* a la presencia de los demás seres humanos. La conciencia poética se adensa, así, hasta abarcar la conciencia de la colectividad. La sección segunda del libro lleva el título de «Mirada extendida» y se refiere precisamente al radio de acción extendido en la conciencia de lo humano. En un poema como «En la plaza» (p. 711) el poeta penetra humildemente en la multitud, en la *gran masa* que transcurre por la plaza abierta, a fin de sentirse él también transcurriendo con los demás, *como un único ser*, allí donde *cada uno puede mirarse y puede alegrarse y puede reconocerse*. Inmerso en este nuevo mar de humanidad, el poeta recobra una nueva dimensión de su ser y un fortalecimiento juvenil:

*Y allí fuerte se reconoce, y crece y se lanza,
y avanza y levanta espumas, y salta y confía,
y hiende y late en las aguas vivas, y canta, y es joven.*

Asimismo, la misión del poeta es la de proyectarse ahora a la expresión de este ser único colectivo. En el poema «El poeta canta por todos» (p. 716), el poeta se entrega serenamente a la ola para reconocerse y para oír el rumor denso que *como un cántico ensordecido* dejan oír los *miles de corazones que hacen un único corazón* y que acumuladamente lo empujan. Abdicando de su dolor, el poeta se suma al latido único y canta con la voz de los que lo llevan a través de la cual él se escucha a sí mismo. Finalmente, todos los demás se escuchan a sí mismos en la voz de quien los canta y los expresa colectivamente, como un eco del hombre entero:

*Y en la cumbre, con su grandeza, están todos ya cantando.
Y es tu voz la que les expresa. Tu voz colectiva y alzada.
Y un cielo de poderío, completamente existente,
hace ahora con majestad el eco entero del hombre.*

En otros poemas, como «El viejo y el sol» (p. 725), la mirada compasiva del poeta se fija en una figura humana de gran vejez que lentamente se deslía y se deshace bajo el poderoso sol que poco a poco lo disuelve en su luz. Una perspectiva de mirada tierna se advierte también en los poemas de la sección que lleva el título «Mirada in-

fantil», alguno de los cuales, como «Al colegio» (p. 755), «La clase» (p. 757), «Una niña cruzaba» (p. 767), revelan aspectos del despertar de la conciencia del poeta al mundo, y otros, como «El niño raro» (p. 760), «El más pequeño» (p. 762) y «La joven» (p. 763), expresan la mirada compasiva del poeta para con seres indefensos y solitarios. *Historia del corazón* constituye así el descubrimiento de una dimensión de densa humanidad en la conciencia del poeta.

En el siguiente libro, *En un vasto dominio* (1958-1962), el poeta se inmerge en la *materia única* e indivisa, cuyo movimiento continuado en el tiempo y en el espacio se proyecta en las infinitas manifestaciones del empuje vital que culmina con las sorprendentes formas corporales y en las más decantadas expresiones de espiritualidad de la conciencia humana. El poema «Materia única» (p. 961), que sirve de epílogo a la colección, se refiere precisamente al hecho de que esta fundamental materia *fresquísima* emerge en el carmín de un niño que estamos contemplando en el momento y que es el mismo que ha vivido infinitas veces, a través de la historia, y el cual, a su vez, lleva en potencia al hombre adulto, también presente y ya pasado y que ha de manifestarse en diversidad de oficios y rangos sociales. También ha de aparecer este último en su condición de hombre civilizado y primitivo, de genio artístico, de gobernante, de tirano, de santa, cortesana o criada humilde. La *materia sola, inmensa*, late en el tiempo y en el espacio (*Todo es materia: tiempo, / espacio; carne y obra*) y constituye el origen de todas las formas existentes: *Moja / tu mano, tiente, tiente / allí el origen único, / allí en la infinitud / que da aquí, en ti, aún espumas*. Por otra parte, en la declaración preliminar «Para quién escribo» (p. 797), que encabeza el libro a modo de prólogo, queda claro, según lo expresa el poeta, que la poesía de *En un vasto dominio* se halla dirigida a todos los seres que participan de la condición de lo humano, y en particular a todos aquellos que suelen ser menospreciados por su flaqueza, debilidad, o por ostentar alguna falla. Los poemas se hallan dirigidos, así, a las personas viejas, a los niños, a las mujeres, a los enamorados, a los que no leen al poeta, a los asesinos, a los muertos, a los agonizantes, a los ajusticiados, a los amenazadores y verdugos, como también al mar infinito y finito al mismo tiempo, y, por último, a *la limitadísima Mirada Final, en cuyo seno alguien duerme*. Esta larga lista de destinatarios revela la amplitud y calidad humana del canto del poeta.

La conciencia poética capta ahora en detalles minuciosos las nacientes manifestaciones de la vida, su constitución en formas esplendentes y logradas, lo mismo que su final disgregación en mezclas infinitas y variadas. El poema «La materia humana», el primero del pri-

mer grupo de la colección, el cual lleva el subtítulo de «Primera incorporación», revela la infinitud de esta materia en la cual se halla inmerso individualmente el poeta, como también cada uno de nosotros: *Onda de la materia pura en la que inmerso te hallas, que por ti existe también y que desde lejísimos te ha alcanzado*. Los restantes poemas de este grupo constituyen una expresión hímica a los diversos miembros del cuerpo humano, siempre en vinculación con los elementos terrestres y a la atmósfera espacial. El «Ventre», por ejemplo (p. 805), *tiene hondura de tierra y su tronco surtió despacio / con un esfuerzo unánime*. Su *savia clara* surge hacia el pecho donde la voz después se convierte en *viento armonioso*. El brazo («El brazo», p. 807) constituye *un empujón de la materia solo*, el cual llega como una ola pura, caliente y viva *a la mano extendida*, la que hace maravillas sobre la tierra. La sangre («La sangre», p. 810), con sus *oleadas lentas*, va indagando y se va repartiendo por todos los rincones del organismo hasta afinarse en yema y destellar finalmente en la boca en forma de *palabra humana*. La oreja («La oreja-La palabra», página 823), que se ha formado *por siglos de paciencia, / por milenios de enorme voluntad esperando* realiza la conversión del mundo en música.

En el segundo grupo de poemas que lleva el subtítulo «El pueblo está en la ladera», Aleixandre fija su mirada en diversidad de tipos humildes de aldea, jóvenes y viejos, cuya elementalidad espiritual surge y se desarrolla a compás de las manifestaciones de la tierra, con una perspectiva de solidaridad y de compasión por parte del poeta. En el poema «El cementerio» (p. 860) los letreros de gentes comunes en las tumbas van descubriendo las oleadas de la que fue materia viva y ya se halla muerta, pero que luego torna a ser una vez más materia viva, en continua revivificación: *Materia genesiaca, igual, que cubre al hombre, al mundo. / Y nace y crece y muere. No muere. Nadie muere*. En la sección cuarta, «Incorporación temporal», un desfile de tipos humanos y viviendas, algunas de ellas derruidas revelan siempre el hálito de lo humano. El poema «Lope en su casa» revive la atmósfera hogareña que debió reinar con la presencia del poeta y su familia, hace ya más de tres siglos. La «Incorporación temporal» del grupo quinto de poemas incorpora reliquias arquitectónicas como las de la ciudad de Numancia («A una ciudad resistente», p. 917), o monumentos escultóricos («Hijo de la mar», p. 919) o pictóricos («Las meninas», p. 924), en los cuales se revelan figuras humanas inmersas en el tiempo y en el espacio, siempre durando. El poema «Historia de la literatura» (p. 927) destaca la figura concreta de un poeta, la de Espronceda, quien llegó al borde de la muerte con su «conciencia er-